

A continuación encontrarás una muestra del libro
«Y los ángeles guardaron silencio» del autor Max Lucado

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/y-los-angeles-guardaron-silencio>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros
por el correo info@editorialunilit.com



MAX LUCADO

AUTOR DE SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

Y LOS ÁNGELES
GUARDARON
SILENCIO

LA ÚLTIMA SEMANA de JESÚS



CONTENIDO



<i>Reconocimientos</i>	1
<i>Antes de comenzar</i>	3

VIERNES

1. Demasiado poco, demasiado tarde, demasiado bueno para ser verdad	5
2. De Jericó a Jerusalén	13
3. El General sacrificial	19
4. Una religión horrible	24

SÁBADO

5. No hagan nada, quédense quietos	30
6. Amor arriesgado	36

DOMINGO

7. El hombre del burro	44
----------------------------------	----

LUNES

8. Mercachifles e hipócritas	50
9. Valor para volver a soñar	57

MARTES

10. De encallecimiento y compasión	64
11. Estás invitado	72
12. Manipulación boca a boca	78

CONTENIDO



13. Lo que el hombre no se atrevió a soñar	88
14. ¿El cursor o la cruz?	94
15. La fe sin obstáculos	101
16. Sobrevive a la vida	107
17. Historias de castillos de arena.	116
18. Estén listos.	121
19. El pueblo de las rosas.	127

JUEVES

20. Servido por el mejor	133
21. Él te escogió a ti.	139

VIERNES

22. Cuando el mundo se vuelve en tu contra	144
23. Tu decisión	151
24. El mayor de los milagros	158
25. Una oración de descubrimiento	163

DOMINGO

26. La tumba escondida.	167
27. Creo que siempre recordaré esa caminata.	173

<i>Guía para el lector</i>	181
<i>Notas</i>	212

ANTES DE COMENZAR



Es el principio de la última semana. La utilería y los actores del drama del viernes están esperando. Hay clavos de quince centímetros. Una viga transversal se apoya en un viejo muro. Ramas de espinos se entrelazan en torno a un enredado a la espera de que los dedos de un soldado las entretejan.

Los actores se acercan al escenario. Pilato está preocupado por la cantidad de peregrinos para la Pascua. Anás y Caifás vigilan sin cesar a un imprevisible Nazareno. Judas mira a su Maestro con ojos furtivos. Un centurión está disponible, aguardando las próximas crucifixiones.

Los actores y la utilería. Solo que esto no es una obra de teatro; es un plan divino. Un plan que comenzó antes que Adán sintiera el aliento del cielo, y ahora todo el cielo espera y observa. Todos los ojos están fijos en un personaje... el Nazareno.

Vestido con ropas comunes. Concentrado de manera inusual. Dejando a Jericó y avanzando hacia Jerusalén. No conversa. No se detiene. Está de viaje. Su último viaje.

Incluso los ángeles guardan silencio. Saben que esta no es una caminata como otras. Saben que esta no es una semana como otras. Debido a que en esta semana se abrirá la puerta de la eternidad.

Caminemos con Él.

Veamos cómo Jesús pasa sus días finales.

Veamos lo que le importaba a Dios.

Cuando un hombre sabe que el final está cerca, solo se manifiesta lo importante. La muerte inminente filtra lo vital. Lo



trivial se deja de lado. Lo innecesario se pasa por alto. Entonces, si quieres conocer a Cristo, reflexiona sobre sus últimos días.

Él sabía que el final estaba cerca. Sabía la finalidad del viernes. El leyó el último capítulo antes que se escribiera y escuchó el coro final antes que se cantara. Como resultado, centrifugó lo crítico de lo intrascendente. Resumió las verdades enseñadas. Calculó cada paso. Premeditó cada acción.

Sabiendo que solo le quedaba una semana con sus discípulos, ¿qué les dijo? Enterado de que esa sería su última oportunidad en el templo, ¿qué hizo? Consciente de que los últimos granos se deslizaban en el reloj de arena, ¿qué era lo que importaba?¹

Entremos en la semana santa y observemos.

Sintamos su pasión. Riendo mientras cantan los niños.

Llorando mientras Jerusalén no presta atención. Desdeñando mientras los sacerdotes acusan. Rogando mientras los discípulos duermen. Entristeciéndose mientras Pilato se vuelve.

Sintamos su poder: Ojos ciegos... que ven. El árbol sin frutos... se seca. Los cambistas... que huyen corriendo. Los líderes religiosos... que se acobardan. La tumba... se abre.

Escucha su promesa: La muerte no tiene poder. El fracaso no retiene prisioneros. El miedo no tiene el control. Debido a que Dios vino, Dios vino a tu mundo... para llevarte a casa.

Sigamos a Jesús en su viaje final. Puesto que al observar el suyo, podemos aprender cómo hacer el nuestro.

CAPÍTULO 1



DEMASIADO POCO, DEMASIADO TARDE, DEMASIADO BUENO PARA SER VERDAD



«Así, los que ahora son los primeros, serán los últimos».

Mateo 20:16

Lo único más lento que el andar de Ben era su acento. «Bueeno, chico», alargó sus palabras y esperó un mes entre frases, «parece que somos tú y yo otra vez».

El cabello blanco se escapaba bajo su gorra de pelotero. Los hombros caídos. La piel curtida por siete décadas de inviernos en el oeste de Texas.

Lo que mejor recuerdo son sus cejas. Greñudas y bordeando lo alto de su frente. Orugas que se movían con sus ojos.

Cuando hablaba, acostumbraba a mirar al suelo. Era de baja estatura, pero este hábito lo hacía parecer aún más bajito. Cuando deseaba hacer énfasis en algo, alzaba la vista y le lanzaba a uno una mirada a través de sus pobladas cejas. Le lanzaba esa mirada a cualquiera que pusiera en duda su capacidad de trabajar en el



campo petrolífero. Sin embargo, casi todo el mundo lo hacía de todas formas.

A mi padre le debo que conociera a Ben, pues estaba convencido de que las vacaciones escolares estaban hechas para que los chicos ganaran dinero. Quisieras o no, ya fuera Navidad, verano o Día de Acción de Gracias, nos despertaba a mi hermano y a mí antes que saliera el sol y nos dejaba en alguna compañía local de jornaleros para ver si podíamos conseguir que nos contrataran por el día.

El trabajo en los campos petrolíferos tenía tantos altibajos como un equipo de perforación, así que a menos que uno fuera empleado de una compañía o tuviera su propia brigada, no había garantía de trabajar. Los jornaleros empezaban a aparecer mucho antes que el jefe. Sin embargo, nada significaba llegar primero; lo único que importaba era la fuerza de tu espalda y la experiencia en tu haber.

Ahí era donde Ben y yo no dábamos la talla. Yo tenía la fuerza, pero no la experiencia; Ben tenía las manos callosas, pero no la fuerza. Así que a menos que se presentara un trabajo grande en especial que justificara la cantidad por encima de la calidad, solían pasarnos por alto a Ben y a mí.

Los elementos de la mañana eran tan previsibles que, incluso ahora veinte años después, puedo experimentarlas todavía.

Puedo sentir el viento frío que torturaba mis orejas en la oscuridad de la madrugada. Puedo sentir la manija congelada de la pesada puerta metálica del cobertizo donde se trabajaba. Puedo escuchar la ronca voz de Ben que venía desde la estufa que acababa de encender antes de sentarse junto a mí: «Cierra la puerta, muchacho. Va a hacer más frío antes de que se sienta el calor».

Yo miraba la luz dorada que salía de la estufa e iluminaba el oscuro cobertizo, volvía la espalda al fuego y miraba a Ben. Él fumaba sentado sobre un barril de cincuenta galones. Sus botas de trabajo estarían a medio metro del suelo y las solapas de su abrigo alrededor de su cuello.

«Seguro que necesito el trabajo hoy, chico. Necesito mucho el trabajo».



Los otros trabajadores comenzarían a llegar. Cada uno de los que llegaba disminuía la oportunidad que Ben y yo podíamos tener de salir a trabajar. Pronto el aire se nublaría de humo, chistes malos y quejas por tener que trabajar en un clima demasiado frío para las liebres.

Ben nunca hablaba mucho.

Al poco rato venía el capataz. Parece gracioso, pero yo me ponía nervioso cuando el jefe entraba en el cobertizo para leer la lista. Con la elocuencia de un sargento en maniobras, ladraba lo que necesitaba y a quiénes quería.

«Hoy necesito seis ayudantes para limpiar unos equipos». O decía: «Estamos instalando una línea nueva en el campo sur, necesitaré a ocho», entonces anunciaba su lista: «Buck, Tom, Happy y Jack, vengan conmigo».

Había un cierto honor en que lo escogieran... algo especial por destacarse, aunque fuera para cavar huecos. Sin embargo, al mismo tiempo que era un honor que nos escogieran, había una cierta vergüenza en que nos descartaran. Otra vez.

En el sistema de castas de los campos petrolíferos, el único escalón inferior al de los peones eventuales, era la fila de los desempleados. Si uno no podía soldar, metía cañería en el pozo. Si no podía meter cañería, atendía los pozos. Si no podía atender los pozos, era peón eventual. Entonces, si no podía ser peón eventual...

La mayoría de las veces Ben y yo no podíamos trabajar.

A los que no nos escogían nos quedábamos alrededor de la estufa durante unos minutos e inventábamos excusas por las que no deseábamos salir a trabajar en realidad. Pronto todos salían dejándonos solos a Ben y a mí en el cobertizo. No teníamos otro lugar adonde ir. Además, no podíamos saber si podía presentarse otro trabajo. Así que nos quedábamos aguardando.

Ahí es cuando Ben hablaba. Entretejiendo la realidad con la fantasía, urdía historias de exploración petrolífera con varitas de radiestesia y mulas. El amanecer se convertía en día mientras



los dos nos sentábamos en llantas o latas de pintura y recorríamos los polvorientos caminos de la memoria de Ben.

Éramos tremenda pareja. En muchos sentidos éramos polos opuestos: yo con escasos quince años, Ben en sus setenta y tantos inviernos. Yo, vigoroso y convencido de que lo mejor no había llegado aún; Ben, cansado y curtido, viviendo de las glorias pasadas.

Aun así, llegamos a ser amigos; porque en el campo petrolífero nos desechaban a los dos. Compañeros en el fracaso. Los «demasiado poco, demasiado tarde».

¿Sabes a lo que me refiero? ¿Eres uno también?

Sherri lo es. Después de tres hijos y doce años de matrimonio, su esposo encontró una esposa más joven. Un modelo más nuevo. A Sherri la desecharon.

El señor Robinson lo es. Tres décadas en la misma compañía lo situaron en un puesto en la cumbre. Cuando el presidente se retiró, él sabía que era solo cuestión de tiempo. Sin embargo, la junta directiva pensó diferente. Querían juventud. Lo que no tenía el señor Robinson, y lo desecharon.

Manuel te lo puede explicar. Por lo menos lo haría si pudiera. Es duro ser uno de nueve hijos en un hogar sin padre en el valle de Río Grande. Para Manuel es todavía más duro: es sordomudo. Aun cuando existiera una escuela para sordos a la que pudiera asistir, no tiene dinero.

«Una pelota perdida entre la hierba alta».

«Llegar un día tarde y con un dólar de menos».

«Un tipo bajito en un mundo gigante».

«A una carga le faltó un ladrillo».

Escoge la frase; el resultado es el mismo. Si te repiten suficientes veces que solo las frutas podridas se quedan en la cesta, uno empezará a creérselo. Empieza a creerse que es «demasiado poco y demasiado tarde».

Si eso te describe, tienes en las manos el libro adecuado en el momento oportuno. Verás, Dios tiene una peculiar pasión por los olvidados. ¿No te has dado cuenta de esto?



- ¿Ves su mano en la piel del leproso?
- ¿Ves el rostro de la prostituta que sostiene en sus manos?
- ¿Notaste cómo le respondió a la mujer con flujo de sangre?
- ¿Lo ves con su brazo alrededor del pequeño Zaqueo?

Una y otra vez Dios quiere que entendamos el mensaje: Él tiene una particular pasión por los olvidados. Lo que la sociedad desecha, Dios lo toma. Lo que el mundo desecha, Dios lo recoge. Por eso debe ser que Jesús contó la parábola de los trabajadores en la viña. Es la primera historia de su última semana. Es la última parábola que contará antes de entrar en Jerusalén. Una vez dentro de los muros de la ciudad, se convierte en un hombre marcado. El reloj de arena se girará y comenzará la cuenta regresiva final y el caos.

Sin embargo, no está en Jerusalén. Y no se dirige a sus enemigos. Está en las afueras de Jericó y con sus amigos. Y para ellos Él entreteje esta parábola de gracia.

Cierto hacendado necesita contratar obreros para su viña. A las seis de la mañana escoge una brigada, se pone de acuerdo con ellos en el salario y los pone a trabajar. A las nueve vuelve a la agencia de desempleo y escoge unos pocos más. Al mediodía está de vuelta, a las tres de la tarde está de vuelta y a las cinco, acertaste. Él volvió otra vez.

Ahora bien, el final de la historia es el enojo que sintieron los obreros que trabajaron doce horas cuando ven que los otros recibieron el mismo salario. Ese es un gran mensaje, pero lo dejaremos para otro libro.

Deseo destacar una escena a menudo olvidada en la historia: la selección. ¿Puedes verla? Sucedió a las nueve. Sucedió al mediodía. Sucedió a las tres. En cambio, lo más apasionante es que sucedió a las cinco.

Las cinco de la tarde. Dime. ¿Qué hace todavía en la plaza un obrero a las cinco de la tarde? Los mejores hace tiempo que se fueron. Los trabajadores mediocres se fueron al mediodía. El resto se fue a las tres. ¿Qué clase de obreros quedaban a las cinco de la tarde?



Todo el día los ignoran. No están capacitados. Son inexpertos. Sin educación. Cuelgan con una sola mano del último peldaño de la escalera. Dependen por completo de un jefe misericordioso que les dé una oportunidad que no merecen.

Por cierto, nosotros también lo éramos. Para que no nos pongamos un poco arrogantes, podríamos seguir el consejo de Pablo y fijarnos en lo que éramos cuando Dios nos llamó¹. ¿Te acuerdas?

Algunos de nosotros éramos refinados y elegantes, pero delgados como el papel maché. Otros ni siquiera tratábamos de esconder nuestra desesperanza. La bebíamos. La olíamos. La disparábamos. La vendíamos. La vida era una búsqueda apasionada. Estábamos empeñados en la búsqueda de tesoros de un cofre vacío en un desfiladero sin salida.

¿Te acuerdas cómo se sentía? ¿Te acuerdas del sudor en tu frente y de la grieta en tu alma? ¿Recuerdas cómo tratabas de ocultar tu soledad hasta que esta se hizo tan grande que te limitaste a sobrevivir?

Mantén esa imagen por un momento. Ahora responde a esto. ¿Por qué te escogió a ti? ¿Por qué Él me escogió a mí? En serio. ¿Por qué? ¿Qué tenemos nosotros que Él necesite?

¿Inteligencia? ¿De veras se puede pensar por un minuto que tenemos, o alguna vez tendremos, alguna idea que Él no tuviera?

¿Fuerza de voluntad? Puedo respetar eso. Algunos de nosotros somos lo bastante testarudos como para caminar sobre el agua si sentimos que nos llaman a hacerlo... ¿pero pensar que el reino de Dios podía irse al traste sin nuestra determinación?

¿Y qué me dices del dinero? Llegamos al reino con una bonita reserva de ahorros. Quizá nos escogieran por eso. Quizá el Creador del cielo y la tierra pudiera usar un poco de nuestro dinero. Quizá el dueño de todo aliento, toda persona y el autor de la Historia estuviera necesitado de capital y nos vio con fondos y...

¿Me comprendes?

Nos escogieron por la misma razón que los obreros de las cinco. ¿Tú y yo? Somos los obreros de las cinco de la tarde.



Somos los que nos recostamos en la cerca del huerto, fumando cigarrillos que no podemos pagar y apostando cervezas que nunca compraremos en una partida de lanzar monedas al aire. Trabajadores emigrantes sin empleo y sin futuro. El tatuaje en el brazo dice «Betty». Deberíamos habernos dado por vencido e irnos a casa después del silbato del almuerzo, pero nuestro hogar es en un motel de una sola habitación con una esposa cuya primera pregunta será: «¿Qué tal te fue?».

Así que esperamos. Los «demasiado poco, demasiado tarde».

¿Y Jesús? Bueno, Jesús es el tipo de la camioneta negra que es dueño del área de la ladera. Es el tipo que se fijó en nosotros al pasar por delante dejándonos tragándonos su polvo. Es el que detuvo la camioneta, la puso en marcha atrás y retrocedió hasta donde estábamos parados.

Él es de quien le contarás a tu esposa esta noche mientras caminas hacia el supermercado con un tintineo en el bolsillo.

«Nunca antes había visto a este tipo. Solo se detuvo, bajó la ventanilla y nos preguntó si queríamos trabajar. Ya era casi la hora de salida, pero dijo que tenía un trabajo que no podía esperar. Te lo juro, Marta, solo trabajé una hora y me pagó el día completo.

»No, no sé su nombre.

»Por supuesto, lo voy a averiguar. Ese tipo es demasiado bueno para ser verdad».

¿Por qué te escogió a ti? Quiso hacerlo. Después de todo, eres suyo. Él te creó. Él te trajo a casa. Él es tu dueño. Y una vez, Él te tocó en el hombro y te recordó ese hecho. No importa cuánto tiempo esperaste ni cuánto tiempo perdiste, eres suyo y Él tiene un lugar para ti.

—¿Necesitan ustedes trabajo?

Ben saltó del barril y contestó por los dos.

—¡Sí, señor!

—Recojan sus sombreros y sus almuerzos, y suban al camión.



No tuvo que repetírnoslo. Ya yo había almorzado, pero recogí la cesta de todos modos. Saltamos a la cama del camión y nos recostamos contra la cabina. El viejo Ben encendió un cigarrillo rodeando con sus manos el fósforo para protegerlo del viento. Cuando el camión empezó a andar, habló. A pesar de que han transcurrido veinte años, todavía puedo ver sus ojos brillar a través de las enmarañadas cejas.

—¿Verdad que da gusto que nos escojan, muchacho?
Seguro que sí, Ben. Seguro que sí.